

niones, no solo del vulgo, sino tambien de los hombres de instruccion superficial. *Oppressi sumus opinionibus non modo vulgi; verum etiam hominum leviter erudientum* (1).

(1) De oratione, I. III, o. 6.

### CAPITULO III.

#### DE LA INCREDULIDAD DE LOS FALSOS ESPIRITUS.

Acontece algunas veces que espíritus que se tienen por eminentes, no pasan de ser espíritus falsos. Vienen á ser como brújulas bien construidas, cuyas agujas no señalan jamás el norte en virtud de la influencia sobre las mismas ejercida por algun cuerpo extraño que se encuentra cerca de ellas (1).

[1] Jonbert.

Este pensamiento de un profundo observador pone de manifiesto el origen de muchas de las prevenciones existentes contra la fé. Hombres hay que al paso que se hallan dotados de gran talento, tienen un juicio muy limitado, de suerte que si se hacen incrédulos, suele atribuirse la causa al talento que les distingue, siendo así que solo procede del juicio que les falta.

Una inteligencia sin exactitud en sus apreciaciones, debe ver á Dios como ve todo lo demás, es decir, con poca verdad. Los juicios falsos son las miradas torcidas del hombre de inteligencia. Dios no puede enderezar milagrosamente esas miradas en el instante en que se dirigen al cielo, porque esto constituiría una de rogacion perpétua de las leyes de la naturaleza; basta para su justicia que no nos sean imputadas como pecado las miradas inocentemente erróneas de nuestro pensamiento. Mas conviene saber que si Dios permite la existencia de los espíritus falsos, á la manera de la de los ojos bizcos, los primeros nada prueban en contra de la verdad que desfiguran, del mismo modo que el estrabismo de los segundos no influye en contra de la realidad de los objetos que distinguen.

Renunciemos á iluminar la incredulidad proveniente de un defecto de rectitud en el espíritu. Se ha hecho observar con razon, que el hombre cura más fácilmente de la locura, que de un juicio falso. No queda pues más recurso que compadecer á esta categoría de inteligencias que serian fatalmente perdidas para la verdad, si la gracia no ejerciese á veces sobre ellas una accion íntima superior á la de la luz especulativa. Mas sin pretender la conversion de esos espíritus conveniente denunciarlos á la desconfianza de la razon pública, cuando se convierten en blasfemos, ya que evaluando su autoridad para que no se le dé más importancia de la que merecen se trabaja en beneficio de la comunidad intelectual.

Es uno de los síntomas más característicos de los tiempos que alcanzamos, y por cierto bien triste, el poco aprecio que se hace del sentido comun. Indiferente por todo lo bello de los siglos pasados, en todo exige emociones fuertes, y se complace hasta con los sofismas, con tal que se le ofrezcan con apariencia de novedad. Bossuet, que era voto en la materia, ha definido el génio un elevado buen sentido, servido por una imaginacion poderosa; nuestra generacion, en la nocion que de lo sublime tiene concebida, ha

reducido la parte correspondiente al buen sentido y exajerado la de la imaginacion. Por esto ensalza al génio, avergonzándose del buen sentido: á sus ojos todo aquel que se aparta del camino seguido por la generalidad, pasa fácilmente por original, y esta tendencia ambiciosa engendra innumerables errores, sin que en cambio ponga de manifiesto verdades ocultas.

¡Cuántos son los libres pensadores incrédulos, por amor á la novedad! No permita Dios que pretendamos imponer al espíritu humano el dogma de lo trivial ó de la inmovilidad. Los horizontes de la verdad carecen de límites, y la humanidad descubrirá puntos de vista ignorados mientras realice su peregrinacion en el seno de esta inmensidad. Mas ¿dónde se encuentran los Cristóbal Colon de ese genero de exploraciones? Vémonos asaltados por todas partes por espíritus pretensiosos que toman por nuevo lo que es extravagante, ménos cuidadosos de obrar el bien, que de proceder de una manera distinta de la que siguieron sus predecesores, y prefiriendo ser inventores en lo absurdo, á imitadores siguiendo el camino trillado. Es preciso añadir también que hasta los mismos espíritus rectos se hacen á veces cómplices en este desórden, animándolo, persuadidos de que admirando la

mala originalidad se inclinan á la buena. Solo los hombres verdaderamente juiciosos son capaces de sostener las verdades antiguas, por lo mismo que, por punto general, pagan con su reputacion de atrasados, el valor de ser razonables.

Este valor falta á muchos de nuestros contemporáneos incrédulos, constituyendo en el fondo la razon principal de su incredulidad. Artistas, publicistas, hombres de sociedad, cual para la forma de sus trajes, consultan la moda para la eleccion de sus creencias. Cuántos resisten el cristianismo, nada más que por amor á los primeros filósofos nacidos bajo el cielo de Paris ó de Berlin. A una nueva opinion sacrificarian voluntariamente el antiguo simbolo de los Apóstoles, sin considerar que á pesar de todo, el simbolo continúa siendo la novedad más inalterable de este mundo, por lo mismo que es eterno. Y que esta propension de ciertos espíritus á preferir la originalidad á la exactitud, ha sido en todo tiempo peligrosa para la fé, es un hecho incontrovertible, puesto que el lenguaje eclesiástico designa á los herejes bajo el título generico de *novadores*, y San Pablo recomienda á sus discípulos, que procuren evitar al par de los

vicios más vergonzosos, las *profanas innovaciones de palabras* (1).

Tenemos pues, que así como existen inteligencias falseadas por la investigación desordenada de lo desconocido, hay otras que lo son por el espíritu de sistema. Nueva concupiscencia particular de los espíritus de segundo orden, sobre todo cuando quieren pasar por ser del orden superior.

Agrupar hechos ó ideas, deducir de ellos leyes generales, y explicar por semejante procedimiento la armonía de las cosas, es en cierto modo penetrar en el pensamiento creador de Dios, y recomponer el mundo que ha formado. Nobilísima función del espíritu, cuando no lleva sus afirmaciones más allá de lo que ha comprobado, pero por demás peligrosa, cuando toma por realidades indiscutibles las más arbitrarias combinaciones.

En efecto, el amor á generalizar, es una inclinación intelectual muy ocasionada á cometer errores. Cuando el espíritu, de datos penosamente reunidos, ha sacado una consecuencia simpática á su orgullo, si en el camino se le interpo-

(1) Tim. 6. 20.

ne la fé, pasa decididamente por encima de la fé, con tal de mantener firme su conclusion. La operacion relativa á agrupar hechos é ideas, para deducir de ello innensas consecuencias, ofrece un encanto que participa bastante de la pasion del juego. Organizar un sistema, es algo parecido á una partida de ajedrez que durase lo que la vida: en tanto permanece el hombre bajo la influencia de ese esfuerzo fascinador, carece de fuerza para prestar homenaje á la verdad, pues to que se halla bajo el imperio de una obsesion contraria.

¿Dónde está la causa implícita de las negaciones de Rousseau? En sus ideas preconcebidas sobre las ventajas del hombre en el estado de naturaleza. ¿Y la del materialismo de Condillac? En su teoría sobre el origen de las sensaciones. ¿Y la de casi todos los soñadores contemporáneos? En los innumerables planes de reforma política y social que han inundado nuestro siglo. Sí, no es siempre el odio á la religion lo que produce los sistemas irreligiosos: es más bien el afecto que estos inspiran, lo que influye en que aquella se mire con verdadera prevención. Lo que ciertos teóricos no pueden perdonar al Evangelio, es que les inutilice los peones que tienen colocados en su tablero; háuse im-

puesto la obligacion de enseñar el cielo en toda su extension, al través del ojo de una cerradura, y en la imposibilidad de conseguirlo, niegan la existencia de cuantas estrellas se encuentran fuera de ese campo reducidísimo.

Con todo, el espíritu de sistema, no es tan desfavorable al equilibrio del juicio, como el amor á la utopia. Un sistema, en último término, puede ser verdadero: la utopia por lo mismo que es impracticable, siempre es falsa. El uno es ordinariamente un error, la otra es un quimera, pero quimera que puede convertirse en fuente de muchos errores. Al presente hay una tendencia á la utopia que reconoce la misma causa que nos hace inclinar á las novelas. Los novelistas son los utopistas de la vida real; los utopistas son los que hacen novelas en el órden especulativo; mas si los utopistas tienen poder bastante para fascinar á sus lectores, júzguese cuál debe ser el poder de espejismo que debe ejercer la utopia sobre los mismos que la imaginan! ¡Cuántos son desde la república de Platon, hasta las constituciones armónicas de los falansterios, los espíritus elevados que se han dejado extraviar por tan locas imaginaciones!

Por desgracia otros han ido más allá todavía, porque la utopia ejerce tanto imperio sobre las

afecciones del hombre, que se ha llegado al extremo de ver este en Icaria sacrificar no solo á su Dios, sino tambien á su familia, á su razon y á su patria. La utopia es para el hombre lo que el ópio, lo absorbe gozoso, sin pensar que ha de concluir por embruteecerle y hasta por matarle. ¿Debe pues sorprendernos el que siendo la fé contraria á la utopia, esta acabe por vencer á la primera, sobre todo cuando la fé es un yugo, y la autopia constituye una pasion? Babeuf, Saint Simon, Fourier, todos los pretendidos reformadores de nuestra sociedad y sus adeptos, han repudiado el cristianismo precisamente por que era un obstáculo para el desarrollo de sus teorías; mas rechazadas sus teorías por el sentido comun, ¿que autoridad podian tener en contra del cristianismo?

La tendencia á la utopia se ha convertido al presente en una enfermedad que alcanza hasta el dominio de la ciencia. La utopia no reviste siempre el estilo poético del Telémaco, pues en caso de necesidad, se presenta ostentando formas más severas, y esto es tan cierto, que unas veces la vemos instalarse en una asamblea deliberativa rodeada del pretensioso aparato de cálculos económicos, y militando bajo el estandarte del socialismo; otras se desliza junto á las

ciencias, bajo el título consagrado de hipótesis; recibiendo en el Instituto plácemes y adhesiones que no alcanzan los principios de nuestra fé. Sí, los que no creen en Dios, creen firmemente con frecuencia en meras hipótesis. ¿Cuál es si nó el fundamento de muchos de los sistemas que privan en la geología, en paleontología, en antropología y hasta en astronomía? Y sin embargo con ser tales fundamentos mera hipótesis, no es esto inconveniente para que sus autores hagan la guerra más despiadada á los dogmas más sagrados, so pretexto de que en sí mismos no son más que mera hipótesis. Convengamos en que los hombres más consagrados á las ciencias positivas, son algunas veces los ménos positivos.

Finalmente, los espíritus se sienten tambien inclinados á lo falso en virtud de una disposición natural á la paradoja. El espíritu de paradoja, se ha dicho, es al espíritu original, lo que la afectación es á la gracia. Así se explica que los pensamientos contrarios á las opiniones comunes, constituyan para los hombres superficiales el adorno más preciado, porque, lo propio que para el embellecimiento del cuerpo, existe tambien el mal gusto para el embellecimiento de las inteligencias: tal hay que prefiere el brillo del oro pel, á la verdad del oro mate, lo extravagante

á lo bello, y semejante gusto constituye el motivo oculto en virtud del cual hay muchos incrédulos que forman en las filas de la oposición á Dios. A sus ojos Dios representa el pasado, y como ellos quieren lo porvenir, á la via recta y anchurosa que Dios representa, prefieren las sendas sinuosas, estrechas y poco frecuentadas. No cabe desconocer pues, que es esta una nueva categoría, que debe suprimirse del número de las autoridades competentes en materia de doctrina. Cuando se considera la rectitud como calidad de poco precio, y lo excéntrico como carácter de distincion intelectual, ¿puede probarse otra cosa, al combatir la verdad, sino que no se es digno de poseerla? «Un hombre aficionado á la paradoja, es semejante al charlatan, que con objeto de llamar la atención de los bobos que pasan por el Puente-Nuevo, se viste de la manera más extravagante, para mejor dar salida á sus drogas y específicos (1).» Y sin embargo no es otro el grave motivo porque cierto número de hombres piensan de un modo distinto que Jesucristo.

Tenemos, pues, en conclusion, que existen

(1) Salate-Pois,

muchos espíritus irreligiosos por estar falsificados por el desordenado amor á la novedad, al sistema, á la utopia, á la paradoja, de la propia suerte que existen muchos ojos alterados por defecto de conformacion. Mas así como los ciegos no se atreven á lanzarse á la carrera, por temor á los obstáculos que pueden cruzarse en su camino, los espíritus falsos, no tienen para nada en cuenta los malos pasos á que puede conducirlos lo falso de sus juicios.

#### CAPITULO IV.

#### EL ESCEPTICISMO NATURAL, OBSTÁCULO PARA LA FÉ SOBRENATURAL.

Existe un escepticismo proveniente de la constitucion intelectual, que difiere esencialmente del escepticismo doctrinal. Este es un sistema; aquel un defecto, mejor aún, una debilidad.

Debilidad vergonzosa, por lo mismo que ménos que de la extension del espíritu, resulta de lo vago de las ideas y de las debilidades de la voluntad, es decir, del desvanecimiento de los caracteres,

Debilidad, sin embargo, harto común, puesto que se multiplica incessantemente esta raza de inteligencias enervadas, que vacilan en vez de afirmar, concediendo al pro y al contra, en todas las cuestiones, una tolerancia que participa mucho del pirronismo y que son casi tan escéticas respecto de las verdades que niegan, como de las que afirman.

Y francamente, nada tiene de particular que un hombre dude en materia de religion, cuando solo afirma la duda universal. Ello es que en semejante estado, sea el que se quiera su grado de talento, debe considerarse únicamente como una anomalía; pero de ningún modo como una autoridad contraria á la fe.

Un publicista contemporáneo, que bajo una apariencia de honradez y buenhombría parisiense, ocultaba mucho de la proverbial malicia francesa (1), ha bosquejado en sus memorias el retrato de un escritor eminente y honrado, que considera uno de los *más perfectos escépticos* de estos tiempos. En este bosquejo nos lo representa desde luego seducido por los encantos de Chateaubriand y cantando el *Rey de Ivetot*;

(1) El doctor Veron.

aplaudiendo los discursos de Fitz-James y los del general Foy, asistiendo por las mañanas á las lecciones del Colegio de Francia y entusiasmándose por la noche con la representación de los dramas románticos de los cuales se erige en defensor. Este filósofo, andando el tiempo, se hizo hombre político, y llegó á ser ministro, y en esta nueva faz de su existencia, fiel á los hábitos de su juventud, *no habría tenido inconveniente en hacerse á sí mismo la oposición.*

Un dia, dando con ello indiscutible prueba de valor cívico personal, dirigióse á reprimir las colisiones de obreros y en el camino iba diciendo al que le acompañaba: «Verdaderamente no sé por qué razon vamos á disolver esas reuniones, porque, en mi concepto, creo que esas pobres gentes tienen derecho perfecto para congregarse.» En 1848, asustado durante un momento ante el espectáculo del furor revolucionario, trabajó para el restablecimiento de una forma de gobierno que habia desaparecido, hacia ya mucho tiempo, y como se le preguntara cual seria su actitud si dicho gobierno llegaba á prevalecer, contestó sin vacilar: *Le haré la oposición (1).*

(1) Para nosotros el retrato que precede carece de original. Solo lo reproducimos por lo mismo que puede aplicarse perfectamente á muchos de nuestros contemporáneos.



Por supuesto, que hay en el bosquejo una parte de exageracion debida al manejo del lápiz; mas es preciso convenir en que cuando de esta suerte está organizada la inteligencia, debe ser recusada en todo cuanto se refiere á las cuestiones religiosas. El escéptico por temperamento, puede indudablemente ser muy dogmático respecto de muchas cuestiones extrañas á la religion; mas en tal caso, ¿no afirma más bien en virtud de inclinacion natural, que por hallarse verdaderamente convencido? Es este un problema de resolucion difícil que dejamos á la suprema decision de Dios.

Rousseau ha dicho: «¿Es posible ser escéptico por sistema y de buena fé? Lo que es yo, no lo comprendo.» Como para nosotros la buena fé, del mismo modo que las piedras preciosas, es muy difícil de comprobar, preferimos juzgar á juzgar la de nuestros adversarios. Mas ¿no hay motivo de que ciertos escépticos sean tan resueltos y determinados en política, por ejemplo, y que vacilen tanto en religion? ¿Cómo se explica que puedan más en su espíritu los argumentos aducidos en pro de un derecho dinástico, que las pruebas alegadas en pro del cristianismo? De fijo no será esto consecuencia de hallarse interesados su honor y sus simpatías en

la primera conclusion y no en la segunda, puesto que la misma fidelidad, por más que sea bella, puede ser para él cuestion de respeto personal y de bien parecer, más bien que de fós intrínseca.

Afortunadamente, si el espíritu humano tiene consecuencias desfavorables á la verdad, á veces se contradice en provecho de la misma. Aun cuando el escepticismo constituya una enfermedad crónica, tiene intermitencias luminosas durante las cuales ve muy léjos en el campo inmenso de los cielos, y en este caso se escapan de sus lábios palabras casi sagradas y dignas del mismísimo Platon.

«Hay en la razon algo superior á ella misma. Sabe más de lo que ha aprendido: da más de lo que tiene, y por lo determinado de sus límites revela perfectamente su origen. El que la expuso sobre la tierra, dejó en su cuna señales evidentes de su elevada progénie, y algunas letras medio borradas de la lengua que él habla y que ella ignora completamente (1).»

«Cuánto se eleva el hombre, cuando las creencias prestan alas á su elevacion natural! Así es

(1) M. de Remusat.

como la Providencia coloca el correctivo de ciertos males en las mismas inteligencias que los engendran.

Demostrado el azote del escepticismo, ¿cuáles son las fuentes de donde procede, especialmente en nuestro siglo y en nuestra sociedad? El temperamento de ciertos espíritus, su alimento, su ejercicio habitual y los desencantos de la vida.

El temperamento intelectual. Muchas son las pendientes que inclinan al hombre al mal: dominante al uno el orgullo, al otro el ódio, este se deja arrastrar por la lujuria, aquel por la incredulidad. Todos estos combatientes logran salvarse por medio de la lucha, mas si las inclinaciones orgánicas atenúan en nosotros los extravíos de la libertad, no basta, sin embargo, á excusarlos. Poco importa, pues, que no se experimente el júbilo inexplicable de creer si no se tiene voluntad para ello. Para salvarse, no es indispensable; no se requiere una fé ciega: basta con que se tenga esta fé que reclama de Dios los aumentos de que carece. *Credo, Domine, sed auge nobis fidem.*

Al presente, los temperamentos intelectuales hallanse inclinados á la incredulidad por una disminucion de vigor que anuncia cuando mé-

nos rebajamiento. Hase empezado por reducir á tema poético *lo vago de las pasiones*; esa vaguedad ha pasado del corazon á los espíritus, y al cabo de poco tiempo la fé, en la esfera de las cosas naturales, ha sido reemplazada por una muelle fantasía. Despues de la teoria del arte, ha venido la de la ciencia por la ciencia, abstraccion hecha de toda verdad absoluta: las ideas han sido para muchos espíritus una especie de balancin para mecerse, no un punto de apoyo para adelantar, y se ha acabado por dudar, tan solo para no tomarse la pena de concluir.

¡Pereza tanto más culpable en cuanto es más dolorosa! Nuestros padres del siglo décimo octavo, eran escépticos con la sonrisa en los labios: nosotros lo somos con el llanto en el corazon pero tronizados por la desgracia de no creer, preferimos continuar sometidos á tan terrible tortura, á hacer el esfuerzo indispensable para librarnos de ella: el desórden es graye y ha araucado elocuentes palabras de compasion.

«Experimentamos tanto dolor en no ser verdaderos creyentes, como sentian nuestros padres en ser incrédulos: de manera, que en nuestros tiempos, se padece una enfermedad ardiente ó indefinible que nuestros antepasados no conocieron. Tan pronto lanza una mirada dolorosa

hacia lo pasado, como contempla lo porvenir con ojos de esperanza, y sentado sobre los restos de sus creencias religiosas, y de su perdida felicidad, investiga el punto donde brillará la nueva fé, de la propia manera que el pastor que ha pasado la noche en arruinada choza, aguarda la aurora que no llega (1).»

Lo dicho no es en manera alguna resultado de un progreso sino de una modificacion en la constitucion intelectual del mundo. Fortifiquense las inteligencias, y dejarán de dudar. Porque las generaciones presentes no tengan la robustez necesaria para resistir el peso de las armaduras de la edad media, no hemos de deducir que la humanidad esté próxima á su fin. Poco importa pues á Dios eterno que algunos espiritus afeminados no puedan soportar el peso de su pensamiento: en cuanto adquieran nuevas fuerzas recobrarán la fé. ¿No constituye para esta un verdadero honor, no poder subsistir en inteligencias desamparadas y totalmente desprovistas de criterio en materia de verdadero y de falso, de bien y de mal?

(1) Silvestre de Sacy.

Además del temperamento, puede contribuir al escepticismo de los espiritus, el sistema de alimentacion. Existe siempre una relacion intima entre el organismo y la naturaleza de los alimentos: pues bien, lo propio acontece en el orden intelectual. El espíritu que se asimila libros y teorías contrarias á la fé, casi siempre se envenena sin darse cuenta de ello. Si dicho espíritu tiene lo firmeza y el desinterés indispensable para discutir lo que recibe, puede como Mitrídates acostumbrarse al veneno y hasta digerirlo; mas hoy en que la generalidad de las gentes lee por mero pasatiempo, más bien que para instruirse, la lectura se ha convertido para las inteligencias en un verdadero epicureismo y los libros y los periódicos, elegidos sin conciencia, y aceptados sin prevencion, acaban por propagar con la mayor facilidad el escepticismo que exhalan.

¿Con qué derecho los escepticos, de tal manera formados, pretenden prevalecer contra la fé? Han hecho para perder la suya cuanto ha estado de su parte, y por consiguiente ni tienen motivo alguno para acusar al cielo, ni debemos sorprendernos de su naufragio. «Los más ilustrados buscan su pasto intelectual en los libros y revistas más en boga; los demás se satisfacen

con la lectura de algun diario escrito con espíritu detestable, y viven al día, aceptando todo cuanto se les sirve.

« Ahora bien, nada puede imaginarse más periódicamente combinado que tales periódicos y semejante revista para hacer la duda inevitable. Excepcion hecha de un número reducidísimo, solo se encuentran en ellos la más insolente blasfemia, lenguaje violento, el cinismo de por gusto, intolerancia exclusiva. Los que los escriben no discuten, critican; exponen y suponen; pero rara vez sacan consecuencias. Uno de sus principios fundamentales consiste en que entre las proposiciones más contradictorias no hay más que diferencias insignificantes, y el lector se acostumbra á no ver más que esas pequeñas diferencias en cuestiones tan trascendentales como la de la personalidad de Dios, la divinidad de Jesucristo y lo sobrenatural. Por supuesto que todo lo dicho no es obstáculo para que esos hombres se llamen cristianos, en el sentido mal definido de un cristianismo libre, que deja subsistir el nombre de todos los dogmas antiguos, destruyendo la cosa. En cuanto á la verdadera religion no la atacan de frente; pero minan sorodamente los fundamentos en que se apoya, y establecen hábiles paralelos en contra de su doc-

trina revelada, hasta tanto que estallando la proposicion préviamente dispuesta, la derriban completamente, bien que sin intencion aparente de obrar contra la misma.

« Logrado semejante resultado, apresúranse á cubrir de flores las vastas ruinas. ¡Qué es entonces el verles llorar lágrimas hipócritas sobre la tumba que acaban de abrir!..... Revista hay que, con pocas páginas de intervalo, ofrece un artículo formalmente ateo, al lado de otro inspirado por la más sólida ortodoxia; pero las contadas concesiones hechas á la verdad, léjos de aprovecharle, sirven solo para añadir nuevas garantías, y más fascinadora seducción á los sistemas erróneas.

« Así se explica el que lo verdadero y lo falso, el sí y el no, se mezclen y confundan en los espíritus incapaces de discernir del modo conveniente, hasta tanto que extraviados en esos caminos que se entrecruzan, y cansados de tanta contradiccion, los más moderados ven en la duda el lugar de descanso y la más sublimada sabiduría [1].»

Apelo á la buena fe de los incrédulos que por

[1] El Edo, Beaunard, La duda y sus víctimas.

tal manera han hecho su educacion religiosa: ¿A quién pueden achacar la responsabilidad de su escepticismo? Apelo principalmente á los que se dejan dirigir por tales jefes. ¿Qué prueba ese escepticismo? Que el hombre tiene la libertad necesaria para alterar la salud de su espíritu como la de su cuerpo, por medio de un régimen insalubre; pero de ninguna manera, que los enfermos estén mejor que los que gozan cabal salud.

Además del alimento mal sano, ciertos hábitos intelectuales pueden ser un tercer disolvente de toda conviccion robusta, y por consiguiente un nuevo manantial de escepticismo. Nada predispone tan fácilmente á dar la misma importancia á lo verdadero y á lo falso, como la costumbre de defender del mismo modo las buenas causas que las malas. Resulta de esto la existencia de toda una familia de espíritus, que viéndose compelidos por su estado á sostener el pro y el contra, hállanse por demás expuestos á caer en el desden del uno y del otro.

El escritor que ha prestado su pluma á todos los partidos; que ha combatido en todos los campos; que ha visto á los hombres públicos en escena y entre bastidores, acaba por deducir de semejante espectáculo, la triste conviccion de

que la vida humana es una comedia en la cual lo blanco y lo negro, pueden ser sostenidos con éxito igual, no siendo lo más importante la moralidad de la accion, sino la habilidad del actor, y mas especialmente la cifra de sus honorarios. Ahora bien, es muy justo que ese escritor despues de haber empleado su vida jugando con la mentira, obtenga como castigo la vergüenza de no creer en la verdad.

El abogado que hace profesion de cubrir el crimen con los colores de la virtud, siéntese enternecido en presencia de los monstruos, y más son los culpables á quienes declara inocentes, que los inocentes á quienes logra salvar. Despues de muchos años pasados en hacer brillar con idéntico esplendor el bien y el mal, no tiene nada de particular que el sentido moral se ofusque; que se tenga más fé en la palabra que en la verdad, y que no se vea en la religion otra cosa más que una causa que se ha defendido como tantas otras ... con circunstancias atenuantes.

El hombre político que ha prestado cuantos juramentos se han exigido de él, y á veces hasta aquellos que no se le han reclamado; que ha pronunciado discursos en defensa de todos los

sistemas de gobierno; que ha servido á todos los partidos, burlándose de todos los principios, y que habiendo ultrajado la verdad bajo uno de sus aspectos, se ha creado obstáculos él mismo para contemplarla bajo el aspecto opuesto, ¿puede quejarse con razon si procediendo sin la natural moralidad, pierde sus convicciones sobre naturales?

El filósofo que se consagra á la especialidad de crearse dificultades sin resolverlas, júzgase satisfecho, no cuando ilustra á la humanidad, sino cuando, á la manera de Kant, la encierra en un callejon sin salida. "No soy más que un Júpiter amontona nubes, decia Bayle hablando de sí mismo; mi talento consiste en formular dudas." Muchos de sus sucesores no han hecho otra cosa, sin exponerlo tan claramente. Pero, ¿qué resulta de semejante costumbre? Que esos hombres caen desde la filosofía á la sofística, y que acaban por no ver en lo verdadero y en lo falso más que dos ilusiones de un color distinto, susceptibles de ser mezcladas á todas dósis, merced á una hábil prestidigitacion del espíritu.

Así se explica que la moralidad del hombre de inteligencia pueda depender de su régimen. Existe un escepticismo hasta natural, harto peligroso para la conciencia, que contrae á veces

esta enfermedad no tanto por haber seguido la naturaleza, como por haberla corrompido.

Finalmente el desencanto de la vida, puede igualmente reducir ciertos espiritus á la triste condicion que nos está ocupando. Si el hombre procediera lógicamente, no deberia dejar de creer en sus semejantes hasta tanto que hubiese dudado de Dios; mas por una contradiccion que no obstante ser frecuente, resulta inexplicable, deja de creer en Dios en cuanto ha dejado de creer en sus semejantes. ¡Triste asunto de meditacion el estudio de ese trabajo íntimo de las almas!

Los que han mandado durante mucho tiempo, acaban á veces por sentirse tan cansados de la vida, como los que de ella han abusado: á fuerza de mirar y contemplar á la humanidad bajo todos los aspectos imaginables, han llegado á descubrir en los repliegues de su alma, tan vergonzosos misterios, que se sienten inclinados á negar la alta sabiduria del Dios que la formó. Son tantas las injusticias que han visto; los egoismos que han tocado; las ingratitudes que han debido experimentar; los sentimientos ruines que á cada paso se les han ofrecido, disimulados bajo las más bellas apariencias, que les ásalta el pensamiento de si la vida, en lugar de una prueba santificadora bajo la mirada de Dios,

no es más que un juego en el cual todas las probabilidades están en favor del más astuto y del más fuerte. Solo la fé puede influir en que encuentren al hombre grande hasta cuando se rebaja, por lo mismo que únicamente la fé puede ver en el hombre la imágen del Creador y el precio de una redención infinita.

Y sobre todo, sólo la humanidad puede servir de salvaguardia á su fe, víctima de las tentaciones resultantes de los sufrimientos de la autoridad, puesto que de cuantas autoridades existen, ninguna tiene tanto derecho á ser severa como la de Dios, y sin embargo Dios ama á esta humanidad, que no vacilamos en maldecir, como si de ella no formáramos parte! Pues bien, vosotros los que desconfiais del Creador, porque os sentís heridos por sus criaturas, os condenais, sin daros cuenta de ello, puesto que con vuestras acusaciones demostrais únicamente que tenéis menos paciencia que él.

Pero además de las decepciones que son resultado del mando, pueden tambien ser motivo de blasfemia las ventajas que provienen del mismo. Los halagos de la vida quitándonos la fé humana, ponen en peligro la fé divina en nuestras almas. Existen seres francos, ingenuos, y sencillos que hacen su peregrinacion sobre la

tierra con la sonrisa en los labios, sin comprender la glacial filosofia de la desconfianza, pero llega un dia en que habiendo tocado de cerca la falta de sinceridad en los amigos, la carencia de desinterés en las opiniones, la miseria y la ruindad de los grandes, el servilismo y versatilidad de los pequeños, se hacen incrédulos por exceso de decepcion. Champford ha dicho: «A los treinta años es indispensable que el corazon ó se haga pedazos ó se cubra de bronce.» No es caso extraño que al estallar de dolor el corazon se metalice por medio del escepticismo. Ya lo hemos dicho: El que no cree en el amor, no puede creer en Dios.

Ahora bien, vosotros los que haceis un cargo á Dios por no haber fijado vuestra adhesion, aun cuando hubiese sido por un medio violento, examinad ántes si sois dignos de semejante favor, ó por lo ménos si no habeis empezado por hacerle interiormente la oposicion.

torehá en lugar de achacarlo á la insuficiente extension de su mirada, que al ob.

¡Cuántos hombres hay que tan sólo son in- completos porque no sienten, y cuantos que son incrédulos únicamente porque son incompletos!

El afecto, cuando no es pernicioso, constituye un complemento indispensable de la superioridad, y la superioridad cuando es verdadera, es decir, la perfeccion de la exactitud, predispone á la fé.

Contraste sobre el cual no se ha fijado debidamente la atencion! El amor desarreglado constituye un principio de ceguera. La mitología tradujo esta verdad valiéndose de una imágen muy expresiva, al echar una venda sobre los ojos de Cupido. En cambio, el amor debidamente ordenado, á la intuicion del corazon, añade la del espíritu y constituye la reunion de esos dos focos que produce el dia completo en la razon del hombre.

Y no se crea que esto sea una derogacion de las leyes de la naturaleza, en efecto, el calor desarrollado hasta cierto grado produce la luz: es conforme á esta economía que, en un órden superior, el fuego engendra tambien la claridad. Sería curioso saber hasta qué punto descenderian los conocimientos de la humanidad, el dia

CAPITULO V.

EXCESO DE RAZONAMIENTO, AUSENCIA DE SENTIMIENTO, PREDISPOSICION A LA INCRECULIDAD.

Un obscuro géometra del siglo décimo séptimo, que asistia á la representacion de la *Ifigenia*, en cuanto hubo terminado el espectáculo volviése á su vecino, y le dijo: *¿Pero bien y esto qué prueba?*

Este matemático representa el estado de muchas inteligencias respectivamente á la religion. Desprovistas de corazon, al contemplarla, solo logran verla á medias, porque ella es al par luz y amor, y en tanto que se hurta á sus miradas una parte de la antorcha divina, acusan á la au-



en que le fuese arrebatado el suplemento de luz que le resulta de la simpatía.

Conozco muchos escritores de libros y revistas y muchos libre-pensadores de salon que presumen ser incrédulos por exceso de razon, y que lo son únicamente por indigencia de sentimiento. Consiste esto en que si basta nuestro espíritu para darse razon de la fé, la sensibilidad por sí sola no alcanza á más que á hacernosla saborear: una religion de amor ha de ser forzosamente un enigma para los que no aman.

Un publicista contemporáneo echa en cara á la fé cristiana el exigir de nosotros el sacrificio de la mitad que piensa, á la mitad que llora. No pasa esto de ser una sutileza indigna. Porque la mitad que llora, léjos de ser en el hombre resultado de inmolacion, es extension de la que piensa. Cuántos han sido los hombres á quienes, para llegar á ser verdaderos génius, solo faltó haber llorado más! Del corazon, dice Vauvenargues, es de donde proceden los grandes pensamientos, y como quiera que es el corazon el que duda, en la mayor parte de las gentes del mundo, añade el propio moralista, cuando el corazon se convierte, nada queda por hacer. Hé ahí la razon en virtud de la cual, si se distingue más difícilmente la naturaleza al tra-

vés de una mirada velada por el llanto, por punto general véuse mejor las cosas de Dios.

Por consiguiente no se conoce al hombre cuando se cree que su espíritu contiene toda su razon. Consiste esta en una proporcionada fusion de inteligencia y afecto, y estas dos cosas se armonizan tan perfectamente la una por la otra, que aquel á quien falta el corazon, tiene en este mero hecho mutilada la inteligencia. Este hombre se cree sin ilusiones y es el juguete de la más grosera de ellas: la de creer que el pensamiento es más seguro, cuando está privado de las luces del amor.

No, la escasez de corazon no constituye equilibrio de espíritu, lo que produce es disminucion de juicio. ¿Debe sorprendernos, pues, que semejante laguna influya en que sean menos perceptibles las luces de la fé?

Los hechos deponen en favor de esta verdad. ¿A qué edad empieza generalmente á dudar el hombre? Cuando los paroxismos de la sensacion han agotado su sensibilidad; cuando las pasiones han aspirado en él la vida del corazon en provecho del organismo; cuando la impotencia de su sentimiento, en fin, con el agotamiento de la simpatía, han echado sobre él el germen de todos los esceptismos.

Y en cambio, ¿á qué edad empieza á creer nuevamente? En plena madurez intelectual, es decir, cuando el corazon ha recobrado su imperio sobre la carne, y cuando la facultad de sentir, repuesta de la fatiga de las tempestades, ha vuelto á su estado normal. El otoño de la vida humana es indudablemente la estacion más saludable, y con razón se ha dicho, que si en ella es más triste la tierra, en cambio se ve más bien el cielo.

Ni es menester la pérdida total del corazon para que se resienta nuestra fé: basta para que vacile, que nuestras facultades simpáticas se empequeñezcan. Hasta la vida de los creyentes ofrece fases tristísimas durante las cuales vése el cielo de color aplomado, resultando adormecido el fervor religioso. Durante ellas se cree en Dios como se cree en la existencia del sol en uno de esos días nebulosos de Diciembre, en los cuales no pueden llegar á nosotros ni su luz ni sus tibios rayos; mas cuánto menos podría esperarse, el astro disipa las nubes, brota de nuevo el calor íntimo, el corazon que al parecer habia cesado de latir aporta á la fé el contingente de afecto que la completa, y desde el momento en que ama más, el cristiano cree más fácilmente.

Horas privilegiadas de regreso á la fé viva

mediante las luces del amor: todo aquel que ha vivido concentrado en sí mismo, os ha experimentado y bendecido.

Si ha existido en tiempo alguno un genio capaz de creer firmemente por la mera fuerza de la razon, ha sido el genio de Pascal. Y sin embargo, ese pensamiento austero, ese incomparable géometra no ha podido menos que reconocer que Dios solo llegaba al espíritu, en fuerza de una especie de reflexion; es decir, despues de haber herido la parte afectiva del alma; por esto define la fé. *Dios sensible al corazon*, y ha formulado la ley que dice: *Solo se penetra en la verdad por el camino de la caridad* (1).

Gracias á esta economía, cada una de nuestras percepciones, por más que sean inmateriales, tiene su lugar correspondiente, ó más bien su mediador en uno de nuestros órganos materiales. El oído es para nosotros el medio por el cual distinguimos los sonidos, el ojo el que nos deja percibir la luz, la mano es el órgano del tacto, el cerebro el del pensamiento, el corazon el del amor y la fé.

En vano pretende la fisiología materialista

(1) Pensamientos.

que las cosas que salen del corazón pertenecen al dominio de las ilusiones. El hombre puede dudar de la verdad de sus pensamientos, más bien que de la realidad de sus sentimientos. Dios, al establecer la fe sobre el amor, la ha establecido en el fundamento más firme de nuestro ser. Si Descartes hubiese dicho: amo, luego soy; acaso no se habría atrevido jamás la humanidad á poner en duda la rotunda y conmovedora verdad de semejante criterio. Hé aquí por qué al contemplar sobre nuestro horizonte el crepúsculo del racionalismo, léjos de ver en él un desenvolvimiento de la razon, contemplamos la invasión del egoísmo. Es decir, que si se va ménos á Dios, no tanto proviene de que se hayan abierto más los ojos, sino de haberse cerrado más el corazón.

Por esto aun cuando, segun el órden teológico, la fé engendra el amor, frecuentemente lo que como hecho natural acontece, es que se realice todo lo contrario. Facilísimo nos seria confirmar lo que acabamos de decir, valiéndonos de palabras procedentes de espíritus superiores, si no hubiésemos aducido ya este testimonio. Así podríamos recordar á San Agustin, exclamando en el paroxismo de la conviccion, embriagado de felicidad; *Amar es ver*; ó á San Juan ense-

ñándonos que el principio del conocimiento de Dios por el hombre es el corazón. Por desgracia, los hombres de corazón son contados; en cambio los que presumen serlo son muchísimos, y si en materia de religion no hay incrédulo alguno que se recuse, por causa de mediocridad de sentimiento, proviene de que su amor propio es tan intenso como invencible. Fácilmente se habla mal del propio espíritu, ha dicho Rochefaucoult, mas ¿quién ha maldecido jamás de su corazón?